

Àngel Espinalt i Vilà. Navàs, 1920

...cruzábamos por las diferentes calles y nos miraban con verdadero asombro. En lo que se fijaban más era en mi persona, esto quizás se debía al ir en cabeza a los 17 años, tener poca estatura y sin un pelo en toda la cara. Incluso llegué a oír algún comentario dirigido directamente a mí, diciéndome “esto no puede ser, se han equivocado, ¡si es un crío!”

Llegamos al cuartel y sufrimos un pequeño impacto de lo que debía ser la guerra, puesto que en el patio había un gran hoyo debido a un bombardeo de aviación reciente.

No puedo precisar el número de “pre combatientes” que éramos en el cuartel, pero lo que sí sé es que estábamos abarrotados hasta el punto de que los “váteres” estaban inundados de “mierda” y por la noche nos tumbábamos al suelo casi uno encima del otro, y si alguno tenía necesidad de un servicio estaba listo, pues tenía que pisarnos, y esto le acarreaba grandes insultos y voces hasta que desistía se aguantaba como pudiese.

El 29 de abril salimos en dirección a Vic, en un tren de Estación Francia. Llegamos y nos concentraron en un seminario que hacía las funciones de cuartel, cenamos y dormimos, en el suelo como era natural. Eso de natural no lo era para mí, pues estaba acostumbrado a las sábanas limpias que me ponía mi madre. Al día siguiente desayunamos café y rápidamente nos mandaron a todos al campo de fútbol, donde vino un jefe que nos alentó una arenga; que no me entró porque, igual que mis compañeros, añorábamos el hogar.

Y así fue como los 12 niños que salimos del pueblo decidimos fugarnos. Para no llamar la atención, nos alejábamos discretamente uno por uno hasta reencontrarnos más o menos a 1 kilómetro lejos. Cuando estuvimos todos reunidos, acordamos que era más prudente esperar que anocheciera, y así salvar la distancia de 50 kilómetros que hay des de Vic hasta Navàs, andando campo a través y de noche. Aquí hubo discrepancias, puesto que había una línea de coches que nos dejarían muy cerca de casa, pero bien mirado fue mejor así ya que corríamos el peligro de llamar la atención, con los equipajes, mantas, cantimploras, mochilas y desgredados como íbamos. Cuando cerró la noche del 30 de abril de 1938, emprendimos la marcha sin haber comido nada en todo el día, salvo el café y el pan de la mañana. Íbamos caminando y evitando la carretera todo lo que podíamos, pues eran frecuentes los camiones que iban o venían de Vic (en Vic había campo de aviación y muchos militares amén de alguna industria de guerra). Incluso una vez vi caer un avión republicano a 20 metros de mí, me acerqué pero el piloto ya...en fin.

Cuando llevábamos ya casi la mitad del recorrido, decidimos descansar y dormir un tiempo, ya que había algunos compañeros que estaban bastante agotados. Yo por mi parte no estaba cansado y mi deseo hubiera sido seguir hasta llegar a casa, y no digo esto por presumir, sino porque estaba acostumbrado a correr y andar mucho pues jugaba al fútbol y también iba al bosque a buscar setas o leña para calentar la casa. Lo que si tenía igual que los demás compañeros era muchas ganas de comer, y recuerdo que al pararnos para descansar (que lo hicimos en una pequeña gruta que penetraba dentro de una pared y bien encogidos hubo cabida para todos), observamos una casa de campo a unos 40 o 50 metros, y alguno propuso de ir a llamar a la casa para ver si nos daban algo de comer y beber (pagando o como fuera, ya que dinero sí que teníamos; aunque el dinero por aquel entonces no tenía mucho valor; podíamos intercambiar ya que entre todos teníamos objetos más o menos valorados), pero mientras dialogábamos sobre esto unos perros que servían a la casa empezaron a ladrar y desistimos.

Yo durante el tiempo que estuvimos descansando no dormí nada, pues al estar encogido, el hambre y el deseo de llegar a casa donde me esperaba una cama blanda me distraía del todo. Algunos tampoco durmieron porque los sentí moverse mucho. Otros si durmieron porque incluso roncaban. Al cabo de 2 horas nos levantamos y proseguimos el camino, pues ya empezaba un poco a clarecer el día y decidimos no pisar más la carretera. Íbamos andando campo través por los montículos, hasta que ya divisamos montañas aún lejanas pero ya conocidas.

Al ir acercándonos a casa parecía que todos estábamos más dispuestos a caminar e íbamos más contentos, aunque el hambre empezaba a ser cada vez más insoportable, la sed no ya que bebíamos en un arroyo. Por fin llegamos a una casa de payés cercana al pueblo donde conocían a alguno de nosotros o a nuestros padres, por lo que nos atendieron en la medida que pudieron. Después de darles las gracias, pues no quisieron que pagásemos, llegar hasta casa fue cosa fácil. Serían las 3 de la tarde cuando llegamos a nuestras casas; y con la natural alegría de mi madre y hermana y después de comer lo que había, pues ya por aquellos días escaseaban los alimentos, me metí en la cama, no sin antes decirle a mi madre que a las 8 me despertara, ya que era sábado y quería ir al cine.

Era domingo a 12 del mediodía cuando me desperté, pues mi madre al ver que descansaba y dormía tan bien, no me avisó. Después de lavarme, me puse el traje de los domingos, y salí a la calle, y al momento ya me encontré con mis amigos, y tuve que contarles lo sucedido la semana anterior; igualmente se encontraban mis 12 compañeros de fatigas. Los 17 años, y por tanto exentos de diplomacia, hizo que relatáramos los hechos tal cual. Esto hizo que, sin querer, creáramos un clima de disconformidad con la mayoría de los habitantes del pueblo, en referencia a la política que regía la República por aquel

entonces. El mismo domingo por la noche nos avisaron que al día siguiente, lunes a las 8 de la mañana, estuviéramos en el Ayuntamiento, con los utensilios de cada uno. A las 8 de la mañana y tras despedirnos de nuestros padres y hermanos, subimos al camión del Ayuntamiento y nos devolvieron a Vic, no sin antes advertirnos por parte de la autoridad que no volviéramos a escaparnos y menos presentarnos al pueblo después del “shock” pesimista que habíamos protagonizado, en referencia a lo mal que se llevaban los asuntos de nuestro ejército.

Ya en Vic nos dirigimos a nuestras respectivas celdas del cuartel, y nadie nos preguntó dónde habíamos estado después de faltar 3 días. En Vic estuvimos 4 días hasta que nos embarcaron en tren de carga destino Barcelona, vía Llérida. En el vagón de carga íbamos bastante apretados: un convoy de unas 35 unidades. En el vagón había “camaradas” de Barcelona y que al recorrerla, decían “¡Mirad! yo vivo por aquí” otro decía “yo vivo allá”, incluso uno pasaba el tren por delante de su casa y pudo saludar a su hermana que estaba en el umbral de la puerta (que por cierto, más tarde este camarada murió en el frente, y dentro del genocidio, tuvo por lo menos la satisfacción de despedirse de un ser querido).

Íbamos directamente al matadero. Así, tal como suena, sin preparación ninguna como verán más adelante; y lo que no concibo es que una guerra que duró tantos meses, y con los miles de enchufados que había dentro y fuera del Ejército, se tenga que recurrir a toda prisa a varios miles de imberbes, críos e inocentes, para hacerles tanto daño, tanto físico como moral. No culpo a nadie pero me gustaría mucho saber el porqué, la razón de tanta tremenda barbaridad.

Llegamos a Cervera a media tarde del día 8 de mayo. Descendimos y nos dirigimos dirección a Verdú, a pie, y acampamos antes de anochecer pasado ya Verdú, en unos pajares. Allí, en aquellos pajares, acampamos unos 600 *precombatientes*, y el resto del convoy se alojó en otros pajares no muy distantes de nosotros. Aquí ya empezamos a montar las primeras guardias y uno de los primeros que le toco fue amigo mío del pueblo que se llamaba Joan (el cual murió más adelante). No teníamos más armamento y hacíamos la guardia con un fusil de madera. ¡Qué paradoja! Un tiempo pasado no muy lejano, jugábamos a la guerra con sables y pistolas de madera como todos los chicos del mundo.

Ya de noche nos metimos dentro los pajares, antes habíamos escarbado haciendo unos agujeros: y bien que resultó pues que llovió bastante aquella noche. Recuerdo que de vez en cuando se oían voces llamando a fulano o mengano para relevar la guardia, pero pocos salieron pues envueltos en la paja se estaba bien.

Des del día 9 hasta el 24 de mayo, que entramos en combate, fue un caminar constante: ya bien de día o de noche, y casi siempre lloviendo, siempre íbamos empapados y sin poder hacer fuego (estaba terminantemente prohibido). Aquella primavera del 1938, la recordaré siempre como la más nefasta de todas. Hay que imaginarse lo que es andar y andar por aquellos contornos desde Montclar, Butsenit, Mongay... hasta bajar a Vallfogona de Riucorp. Mal comidos, mal vestidos... daba pena ver algunos "críos" prácticamente descalzos, pues salieron de sus casas con alpargatas y con el andar y la lluvia las tenían rotas. Lo que más nos hacía sufrir de todas las calamidades era el agua que caía todos los días. Íbamos calados todos los días ya que durante este período nunca pudimos secar la vestimenta y menos las mantas. Pensar que en la retaguardia había almacenes abarrotados de calzados, vestidos, impermeables y comida, como pude comprobar más tarde.

Qué vergüenza más grande hacer esta "faena", no me cansaré de repetirlo. ¿Culpa de quién? Pues no lo sé, se podrá argumentar que fueron las circunstancias, que las cosas vinieron así, más yo creo ahora, y en la madurez de mi vida, que un tanto por ciento muy elevado de culpa fue de los políticos de aquella época: ambiciosos, agresivos, rencorosos y de escasa cultura y si la tenían no la usaron debidamente.

En aquella primavera del 38, lo que faltaba más que nada era un político, o un jefe de alto grado con "pantalones" y dijera "basta ya de sacrificios inútiles de hermanos contra hermanos" y buscar el diálogo, la conciliación y que terminase la guerra. Ése hubiera sido el héroe, el gran vencedor y nadie más que él. Pero no fue así y nosotros, los "críos", íbamos directamente y a gran velocidad a dar nuestra carne fresca, rosada y sin ninguna maldad, para satisfacer a la fiera de la guerra. Parecía como si hubiese alguien interesado en extirpar toda raíz que podían habernos inculcado en política. Tan solo lo que deseábamos era tener 5 duros el domingo para gastarlos.

Después de deambular por las comarcas de las Garrigas, Montsià, Baix Segre... un día paramos en un pueblecito pequeño, Guardirolada, se llama, y nos citaron para comparecer a unas oficinas improvisadas en una casa deshabitada. Allí nos tomaron la filiación, para así distribuirnos por diferentes compañías. Así fue como quedamos adheridos a la 60 División, 95a Brigada mixta, 4º Batallón y 3ª compañía. Los restantes los enrolaron a las otras compañías, e incluso batallones de la Brigada 95. Del grupo de camaradas del pueblo solamente nos tocó a mi amigo J. María Esquius, Manuel Subirana y yo. Pobre Subirana, se las venía a venir y un día me pidió que nos disparáramos mutuamente en la pierna para que nos evacuaran y no quise. Dos días después lo mataron.

A veces por la mañana lucía el sol, lo que celebrábamos, más pasado un tiempo salían las nubes, se ponía el cielo oscuro y el agua no fallaba. Lo que si

faltaba era la comida, pues desayunábamos café, mediodía lentejas y cena lentejas y un chusco para todo el día, que no nos satisfacía nada. Para calmar el hambre comíamos lechugas y almendras verdes con cáscara que había por aquellos campos.

Recuerdo que un día acampamos a los alrededores de Montclar y nos juntamos un chico vasco y yo charlando. Cuando llegamos a las primeras casas de Montclar, donde había un corral y por lo tanto gallinas, empezamos a dialogar sobre si cogíamos unas, si las coges tú, si las cojo yo... hasta que decidimos coger una cada uno. Para que no escandalizaran, les retorcimos el cuello y nos las metimos cada uno debajo de la camiseta. Aquello era oro y no las soltamos no. Aun cuando salió una mujer por la ventana de la casa dando voces de que le robaban las gallinas, aun reconociéndole que no obramos bien pero el hambre atosigador no admite razones. Nos fuimos bastante lejos, y paramos en unos matorrales donde las desplumamos y limpiamos con hierba y pañuelos. Antes de encender el fuego, tuvimos mucho cuidado en que no nos delatara, pero fue que tuviéramos dos “invitados” que se habían apercebido de nuestras maniobras fue inevitable. Nos comimos entre los cuatro las gallinas. La merienda nos sentó muy bien, por lo que íbamos contentos al campamento, pero pensando un poco en aquella mujer que dio voces...

Más adelante mi fuente de alimento fue el tabaco: no fumaba pero lo intercambiaba por pan.

El 23 de mayo, vísperas del bautismo del combate, abandonamos Montclar dirección sector Balaguer, donde ya habían empezado grandes combates y que según mi criterio fue de lo más cruento y sanguinario de la guerra civil, aunque solamente estuvimos “combatiendo” en primerísima línea 4 días, los llamados “nacionalistas fascistas” nos machacaron como y cuanto quisieron. Ya terminada la guerra, un combatiente nacionalista me confesó que sentían pena y hasta lástima de nosotros, al ver con qué candidez e inocencia maniobrábamos, pero que no tenían otra alternativa que disparar.

Acampamos no muy distantes del frente. Cuando serían las tres de la tarde, y después de comer rancho frío, los que formábamos ya la 3ra compañía nos dirigimos a un montículo. A menos de medir falda de este montículo, pusieron un blanco de aproximadamente 1 metro de diámetro, para que ensayáramos el tiro. Disparábamos dos veces cada uno a una distancia de 100 metros, y fueron pocos los que acertaron no en la diana sino en el blanco. Hay que tener en cuenta que, en toda la compañía, no había ni quizás media docena que hubiesen disparado jamás, a excepción de alguno que había practicado la caza. No diré que tuviésemos miedo de disparar, pero sí recelo. Fue curioso y a la vez triste, cuando al terminar las pruebas, a muchos nos dolía el hombro por no saber colocarnos bien el fusil. Aunque tampoco nadie nos dijo cuál era la posición correcta. Me he preguntado muchas veces ¿Cómo es posible que

durante 15 días de tanto caminar y caminar de una parte a otra, ni una sola vez, nadie nos enseñara como usar el fusil, tirar bombas de mano, saber cubrirse y un sin fin de detalles favorables a un combatiente. La respuesta exacta quizás no se sabrá nunca; y, mientras, me quedará la duda, equivocada o no, de que la matanza de tanto ser inocente y menor fue premeditada o por negligencia de nuestros mandos y jefes.

Ya casi de noche regresamos a donde estábamos acampados y como cada día divisamos en el cielo la “pava”, que era el avión de reconocimiento de los nacionales, pues siempre aparecía cuando se había puesto el sol. Lo mirábamos con curiosidad, sin atinar en nada, ya más adelante le tuvimos un gran respeto. Cenamos en frío y se hicieron las guardias y a descansar fue la orden. Aquella fue una noche de bombardeo muy fuerte de artillería, también se oían los disparos de fusiles y ametralladoras, pero no tanto. Por la proximidad del frente y el intenso bombardeo, aquella noche ninguno pudo conciliar el sueño.

Antes del amanecer del día 24 de mayo, dieron orden de formar, y precipitadamente nos levantamos todos. Íbamos directos a nuestro exterminio: en La Sentiu, Vallfogona.

Mientras nos acercábamos al frente el bombardeo de artillería era muy intenso, y por el cielo también evolucionaban aviones de caza. Llegamos al frente alrededor del mediodía del día 24. Nos metimos de lleno en combate de forma sorprendente. Me acuerdo que íbamos por una carretera algo estrecha y a la salida de una curva, dejamos la carretera para adentrarnos a unos campos, y a pocos metros de haber pisado estos campos los obuses de artillería nos llovían encima, causando los primeros muertos y heridos.

Yo al mismo tiempo sentí el miedo, y me dio rabia hasta el punto de salpicarme porciones de tierra en mi cuerpo por el impacto de los obuses. Este día hacía un sol radiante y claro, por lo que éramos un blanco bastante seguro. Entre la confusión y como pudimos seguimos avanzando hasta salir de aquella zona batida por la artillería. Para colmo, que tampoco estábamos organizados referente a mandos, se hizo cargo de teniente en mi compañía un carabnero que prestaba servicio en la frontera, y que por no sé qué causa vinieron algunos distribuidos en nuestras compañías del 4º batallón y muy pocos días antes entrar en combate. En la 3ª compañía había quizás docena. Este carabnero que se prestó para teniente (un valenciano llamado Guillén) me nombró su enlace. Antes, en el momento que dejamos la carretera y al entrar en zona batida me cargó su mochila en mis espaldas, argumentando que así iría más libre de movimientos, para poder dominar la situación y recomendándome que estuviese a su lado. ¡Lo que el hombre quería era un burro de carga! Seguimos avanzando hacia nuestras trincheras, los obuses ya caían detrás nuestro cada vez más.

El frente ya hacía tiempo que estaba estacionado en aquel lugar. Esta situación duró hasta que nos sorprendieron. Recuerdo que estábamos bien agachados y de pronto nuestro comandante disparó, llevando la pistola en la mano y al momento se la puso en los riñones del carabinero. El comandante le dijo que le iba a pegar un tiro por cobarde, no le disparó, lo que sí le avisó dos patadas en el culo, con unas fuertes botas que llevaba de calzado. Salió disparado corriendo hacia delante.

Yo continuaba medio agachado, no sabiendo que hacer, y optando por sujetarme los cordones de las botas. El comandante se quedó mirándome unos instantes. Sería media tarde, aquel día llovía. Quedé solo allí, al cabo de un rato decidí marchar en dirección donde se habían dirigido todos. Iba bastante a rastras porque las balas cada vez silbaban más cerca, y como que cada vez la carga que llevaba se hacía más pesada, opté por dejar la mochila del carabinero medio escondida en los primeros tanques nuestros. Después, unos soldados nuestros de otra brigada, ya veteranos, me metieron en una trinchera. Pensé que quizás me echarían por no pertenecer a su compañía, pero no fue así. Algunos soldados, al cruzarse conmigo, me miraban sin más y uno me dijo: "Aquí aún estás medio bien". Por lo que pude comprobar más tarde, ¡cuánta razón tenía! pues llegaron hasta casi las mismas trincheras de los fascistas.

Más tarde pregunté al combatiente que antes me habló si sabía la dirección que había tomado mi compañía y al indicármela, salí de la trinchera para reunirme con ellos. No había recorrido los cien metros cuando vi que venían dos camaradas de mi compañía, uno de los cuales era mi amigo del pueblo Jacinto Soler que, por cierto, a este día se le acabó la guerra para él ya que le hirieron en el brazo. Al hablar con Jacinto me dijo que retrocediera, que había varios muertos y heridos, y que habían dado orden de que nos retiráramos todos hasta las trincheras.

Se había puesto el sol, pero aún era de día. Iban llegando heridos, unos gimiendo, otros se acordaban de su madre, y también algún veterano se lamentaba, diciendo "esos críos me han herido por la espalda" y era verdad, pues sucedió con alguna frecuencia durante 3 o 4 días...".

Carta a Heribert Barrera

" El primer que faig es presentar-me:

El meu nom és Àngel Espinalt Vilà, nascut a Navàs l'any 1920, i la finalitat de la meva missiva és presentar una queixa que considero molt justificada.

Seguidament passo a fer una mica d'història, de la qual jo em sento totalment discriminat.

Retrocedint a l'any 1938, dia 27 d'Abril, vaig ésser cridat per ingressar a les files de l'exèrcit de la República, i que com a català, vaig creure que era un deure. Em van enrolar a la 60 divisió, 95a brigada mixta, 4t batalló, 3a companyia, i al cap d'uns dies, el 24 de maig per ésser concret, jo ja estava tirant trets a primera línia (en el sector de Balaguer, entre Assentiu i Vallfogona). També vaig fer la campanya de l'Ebre, al sector de Vilalba dels Arcs, on la gana ens feia creuar camps a rastres per robar cireres podrides i així treure't el delit, mentre els feixistes ens disparaven des de l'altre cantó.

Cal tenir en compte que la majoria de nosaltres no havíem complert pas els 18 anys i que la nostra preparació era nul·la. Per tenir una idea diré que just el dia abans a la tarda ens varen donar el fusell. Quina sort ser de poble! La majoria havíem jugat al bosc i ens sabíem mig defensar... no com els de Barcelona, que queien com mosques.

El dia de fi d'any de 1938, em trobava entre Comarossa i Cubelles, on tingué la dissort d'ésser ferit d'un braç a causa d'un obús d'artilleria. Per no allargar-me relatant detalls, solament diré que van tindre que discorre 6 dies per poder ésser operat a l'hospital de Sabadell, quan la infecció era total. No vaig perdre el braç e inclòs la vida per miracle.

Després, durant la retirada, vaig emprendre camí cap a França, sense assistència per la curació de la mutilació del meu braç. A França vaig recórrer 3 camps de refugiats: Le Boulou, Argelers (on encara menjàvem mig bé perquè el govern pagava, però aviat es va acabar) i el d'Olorón.

Un cop acabada la guerra, vaig retornar altra vegada a Espanya, tot i que estava tan avorrit de tot això que vaig estar apunt d'anar a Rússia amb molts dels meus companys que no podien retornar a Espanya. A Espanya vaig tornar a transitar per 3 camps de concentració inhospitalaris i d'internament: la plaça de toros de Sant Sebastià, un lloc anomenat "El Patronato" a Bilbao i a la "Universidad de Deusto". Aquí, el dia a dia era aguantar el sofriment, la gana (Vaig seguir una fila de presos com jo que portaven un plat de lleties pensant que si es distreien en podria fer alguna cullerada, i sense saber com em vaig ficar en una sala amb ells, eren castigats! Els duïen a fuetejar i el del látigo es va esmenar amb mi encara que jo li deia que no havia fet res. Tan ràpid com vaig poguer vaig pujar per unes escales i em vaig ficar en un llit, ell em seguia però dins al llit no em va reconèixer) i mirar alguna representació teatral a favor del règim. Un total de 4 mesos són els que em tocà passar en aquests camps de sofriment i que quasi m'atreviria a dir, carregats d'una certa dosis d'extermini, o diguem-ne d'un despreci total dels drets sagrats de l'home. Principalment en aquests camps de concentració espanyols les coses marxaven de la següent manera: molt poc menjar, quasi nul. Molt oir missa i molt làtigo".

Fet aquest breu resum, li diré Sr. Heribert Barrera, que la meua queixa és la següent: Tinc tres impactes al braç que sempre m'han restat moviment, amén de dolors, i que ara s'han agreujat.

Vaig tot el "papeleo" de rigor perquè jo estigués considerat mutilat o ferit de guerra. De passada diré que tinc un diagnòstic d'un 30% d'incapacitat, elaborat per un reconegut metge. Per altra banda, i per dissort, el metge de qualificació de sanitat em donà només un 10%, després de fer-me un reconeixement de "vist i no vist" del qual jo ja en vaig trametre l'oportú recurs.

Al cap d'uns mesos m'avisaren del govern civil, on em vaig personar, per dir-me que el recurs havia arribat fora de termini.

Després de recórrer Manresa i Barcelona amb advocats, gastar-me els diners i cansar-me d'anar amunt i avall, em vaig avorrir i vaig decidir deixar-ho córrer. Això sí, amb molta pena per la gran injustícia.

Senyor Heribert Barrera, li agrairé, si és possible, que em pogués donar una orientació vers la qual quedés reconeguda la meua participació a favor de la República Espanyola, per la que jo vaig donar la meua sang d'adolescent.

Desitjant-li molts anys de vida i de bona salut, m'acomio de vostè: "adéu-siau".

Àngel Espinalt Vilà.